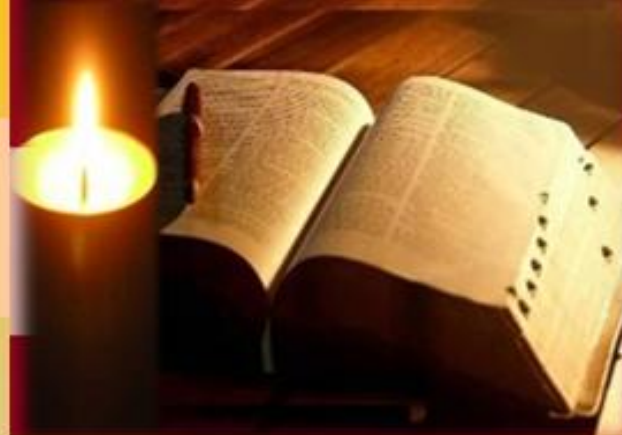


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 6º



Pascua

Ciclo C

Carlos Pabón Cárdenas. CIM.



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI





El Espíritu de luz y fraternidad

Ambientación

Escuchamos la Palabra de Dios y celebramos la Eucaristía en el sexto domingo de Pascua, en el ambiente gozoso de la resurrección del Señor. La Palabra de Dios que hoy vamos a proclamar nos ofrece la *promesa del Señor de enviar su Espíritu para fortalecer nuestra fe*, y la Paz que concede a quienes viven su presencia.

La resurrección de Cristo y la venida del Espíritu Santo, enviado a todos por Cristo resucitado, son esencialmente la misma cosa: el Espíritu que habita la Iglesia es el fruto final de la Pascua. Por eso en la Misa de hoy la Palabra habla del Espíritu Santo que trabaja en la primitiva Iglesia.

Nos encontramos en el inicio de *los últimos quince días de la Cincuentena*. Puede ser un buen momento para revisar el cómo se ha mantenido pedagógicamente la unidad de este tiempo y, en cualquier caso, para acentuar que estamos celebrando la Pascua como **unidad festiva**.

Bueno será tener en cuenta esto para evitar el hablar de una «*preparación*» para la fiesta de Pentecostés, como si ésta fuera una fiesta aparte de la Cincuentena. Ello no quita, sin embargo, que -como lo hacen los textos litúrgicos- se acentúe ahora especialmente la referencia al Don del Espíritu Santo como culminación del *Misterio Pascual* y de su celebración.

1. PREPARACIÓN: Invocación al Espíritu Santo

*Ven, Espíritu Santo,
para que la Iglesia de Jesucristo
se abra totalmente a tu acción vivificadora
y sea fiel a la misión encomendada por su Señor.*

*Que en la vida de todos los hombres
y mujeres del mundo,
de todos los pueblos, culturas y razas,
Tú seas luz que les haga discernir,
con la claridad del Evangelio,
la Voluntad del Padre
en este momento de la historia del mundo.*





*Que todos nosotros, inspirados por Tí,
seamos capaces de llevar
a la realidad de nuestras vidas,
por el acercamiento y escucha de la Palabra,
el mensaje del Evangelio de la Vida.
Amén.*

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Hch. 15, 1-2.22-29: *«Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponerles más cargas que las indispensables»*

La primera lectura nos da testimonio de la reunión de Pablo y Bernabé con los apóstoles y los presbíteros en Jerusalén: es el acontecimiento eclesial, de trascendencia extraordinaria, que se llama «Concilio de Jerusalén». Allí entendieron los Apóstoles, y le hacen entender definitivamente a la iglesia, que **el único señor y salvador es Jesucristo**.

Los responsables de la Iglesia se reunieron en asamblea y, bajo la luz del Espíritu, decretan que **para ser cristiano basta seguir la doctrina y Evangelio de Jesucristo**. No es necesario hacerse judío para ser cristiano. **La fe en Cristo es la suficiente y única base de salvación**.

Piden, simplemente, que se respeten algunas mínimas normas de la Ley judía con el fin de facilitar la convivencia entre todos. Pero afirmando con toda claridad, que **lo único necesario es la fe en Jesús, el Señor**. Antes y ahora, los responsables de la Iglesia, reunidos en Concilio, bajo la luz del Espíritu, van orientando al Pueblo en medio de los nuevos «signos de los tiempos» en que vivimos.

La expresión utilizada por los Apóstoles en la introducción del documento que salió del Concilio de Jerusalén es muy significativa: el Espíritu guía a la Comunidad cristiana discerniendo y decidiendo sobre cuestiones que dividían a los convertidos.

Cuando se lee entero el capítulo 15 de Los Hechos de los Apóstoles, (convendría hacerlo para comprender mejor el fragmento litúrgico), nos damos cuenta de que los apóstoles deliberaron con espíritu de comunión buscando descubrir la voluntad del Espíritu. Eso es precisamente lo que hacen, en los Concilios, los sucesores de los apóstoles. El fruto de aquella «Asamblea de Jerusalén» fue impulsar todavía más la universalidad de la predicación evangélica. Todos los Concilios con acentos diversos, han perseguido lo mismo.





Sal. 67(66): «*Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben*»

Este salmo es difícilmente clasificable. Se trataría de una oración de la comunidad que implora la bendición de Dios. Invocación y alabanza son dos registros fundidos en una gran armonía.

El salmo quiere unir a otros pueblos a esta tarea de la alabanza que Israel ha asumido como consecuencia de su fe, o sea, quiere asociar a los pueblos a la misma fe. Un soplo de universalidad

Es verdad que el salmista no se cansa de proclamar que la bendición de Dios descansa sobre Israel, y es también verdad que la bendición israelita es como una semilla plantada en el mismo corazón de la historia y está llamada a convertirse en un árbol enorme y universal. El texto del salmo **67(66)** corresponde al impulso de la predicación. En efecto, el Evangelio es para todos y así debe elevarse un cántico de alegría y de alabanza:

El salmista lleva para todas las naciones un mensaje de **canto** y de **alegría**. Así quiere presentar a Dios ante ellos, como el Dios de la **alegría**, del **júbilo** y la **fiesta**. Y yo me pregunto: ¿Qué Dios estoy presentando a la gente?

Ap. 21, 10-14.22-23: «*La Ciudad no necesita sol ni luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios; y su lámpara es el Cordero*»

El Apocalipsis nos describe ya esa Iglesia última donde superadas todas las crisis todo es unidad, apertura, gloria, felicidad eterna. Han quedado sepultadas en el pasado desuniones y angustias. La Iglesia es como una ciudad de puertas abiertas hacia todos los costados por donde tiene entrada toda esa humanidad que Dios ama y acoge para siempre..

No todo termina aquí, en este peregrinar terreno. Queda el gran paso de la Pascua, la llegada al **mundo definitivo** de Dios. El libro del Apocalipsis, en la lectura que hemos escuchado, nos lo revela. Se recoge toda la historia de Salvación. Vuelve el recuerdo de las doce tribus del pueblo escogido con las que Dios caminó lentamente en el Antiguo Testamento en preparación para la entrada personal de Dios al mundo en la Encarnación.

Y luego los doce apóstoles que son fundamento del nuevo pueblo, la Iglesia. Tiene doce puertas hacia los cuatro puntos cardinales, puertas siempre abiertas. Dios invita a venir a Él a todos los hombres y mujeres del mundo.

Allí no hay *templo* pues el templo es una figura pasajera, propia del tiempo de la peregrinación. Donde Dios está para qué templo. Y la luz que ilumina es el mismo Dios.





Toda otra iluminación palidece ante él, así sea la del sol y la luna. Es el término de toda vida humana. No llegar allí por rechazo a Dios y a su obra salvadora es la máxima frustración de la existencia humana.

Jn. 14, 23-29: *«Si alguno me ama, guardará mi Palabra».*

**EVANGELIO DE JESUCRISTO
SEGÚN SAN JUAN**

R/. Gloria a T, Señor.

²³ Jesús le respondió [a Judas, no el Iscariote]: *«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él».*

²⁴ El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra no es mía, sino del Padre que me ha enviado.

²⁵ Les he dicho estas cosas estando entre ustedes. ²⁶ Pero el *Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, se lo enseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho.*

²⁷ Les dejo la paz, mi paz les doy; no se la doy como la da el mundo. No se turbe su corazón ni se acobarde. ²⁸ Ya me han oído decir: *Me voy y volveré a ustedes. Si me amaran, se alegrarían* de que me vaya al Padre, porque el Padre es más grande que yo.

²⁹ Y se lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda crean.

Palabra del Señor.

R/. Gloria a Tí, Señor Jesús.

Re-leamos el texto para interiorizarlo





a) Contexto: Jn. 13-17: Discursos de despedida

Desde el capítulo 13 comienza «*la hora de Jesús*», que contiene tres partes: la última cena de Jesús con los discípulos (cap. 13-17), la pasión (cap. 18-19) y la resurrección (cap. 20-21).

Tras relatar el lavatorio de pies y el anuncio de la traición de Judas, el evangelio nos presenta un discurso de Jesús («de despedida»), en el que van interviniendo algunos discípulos con preguntas (Simón Pedro: 13,36; Tomás: 14,5; Felipe: 14,8; Judas, no el Iscariote: 14,22) para presentar nuevos temas hasta el final, en 14,31. Después, el discurso continúa con el tema de la vida verdadera (15,1ss).

Estamos leyendo el final del primer discurso durante la Cena.

b) Comentario:

En el texto que proclamamos no está recogida toda la respuesta de Jesús, faltan los vv. 30-31. Teniendo esto en cuenta, el texto tiene **tres partes**:

- a) vv. 23-25: el amor a Jesús guardando sus palabras;
- b) v. 26: la promesa del Espíritu Santo;
- c) vv. 27-29: el don de la paz y la partida de Jesús.

El texto está admirablemente construido. Tiene un término-clave, *Padre*, que aparece en las tres partes (2 en la primera, 1 en la segunda, 2 en la tercera) como *origen* («el Padre envía») y como *meta* («al Padre vuelve») de la persona de Jesús.

Tiene condensado todo el misterio amoroso de Dios, *Padre* que envía a Jesús y al Espíritu, *Hijo* que dona su paz y su fortaleza, *Espíritu* que enseña y recuerda.

Tiene también una *lección ética* para los discípulos: **amar** a Jesús, esto es, **guardar** su Palabra.

vv. 23-25: el amor a Jesús es guardar sus palabras

Este texto se encuentra en la sección del discurso de la despedida y es la respuesta de Jesús a la pregunta de Judas, no el Iscariote: «¿Qué pasa para que te vayas a





manifestar a nosotros y no al mundo?» (v. 22), es decir, cuál es la razón del proceder de Jesús para no ofrecer una manifestación ostentosa. Jesús responde con una declaración de amor. «Si alguno me ama, guardara mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él»

La marca discipular es *amar a Jesús*, que significa *guardar su Palabra*; hemos de ser personas **de palabra** y **de la Palabra**. «*Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo*» dice San Jerónimo. ¿Qué papel juega la lectura atenta y orante de la Sagrada Escritura en nuestra vida de discípulos?

Quien guarda la Palabra es amado por el Padre (v. 23ab) con un amor especial puesto que se origina una relación de **amistad profunda**, permanente y fructífera de hijo a Padre y de Padre a hijo. Esto significa que la intensidad del Espíritu en cada uno de nosotros está en proporción a la *fidelidad al Evangelio* y al *seguimiento de Jesús*. La experiencia del Espíritu Santo y la imitación de Jesús van mano a mano en nuestra vida concreta.

Hay una condición para la futura promesa del don del Espíritu Santo: amar a Jesús y ser fiel a su palabra; entonces «*vendremos a él*» (v. 23c). Es interesante prestar atención al «*hacer morada*» del Padre y de Jesús en el discípulo que guarda su Palabra. ¿Cuál es, según el evangelio, la morada de Dios? La morada de Dios no es el templo, sino el discípulo: somos «*morada de Dios*»; ¿Nos sentimos, experimentamos, vivimos desde el «*ser habitados*» por Otro? ¿Qué consecuencias tiene para nuestra vida?

Y la relación de amistad profunda alcanza una dimensión extraordinaria, pues La Santísima Trinidad habita en el creyente (v. 23d). En el AT Dios moraba en la tienda del encuentro (Ex. 40,35) y posteriormente en el templo (1Re. 8,10-11). El templo ahora es **el corazón del hombre de fe** que tiene una experiencia de gloria y resurrección al constituirse en el lugar donde Dios permanece.

La vida habitada por Dios Trino es la marca de los discípulos de Jesús.

⇒: «*El que no me ama no guarda mis palabras*»: indica que ha sido lento para comprender el amor que Dios ofrece, por eso no es depositario del amor de Dios.

v. 26: La promesa del Espíritu Santo

San Juan nos habla del Espíritu prometido por Jesús. La función del Espíritu Santo tras la partida de Jesús es cumplir la promesa y, a la vez, continuar de la obra de Jesús, cuando dice: «*El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo*





enseñara todo y os recordará todo lo que yo os he dicho». El Espíritu Santo es enviado a los discípulos, con el cargo de enseñar y recordar las instrucciones de Jesús a sus seguidores.

vv. 27-29: *el don de la paz y la partida de Jesús*

Jesús al despedirse ofrece un saludo particular: «*Les dejo la paz, mi paz les doy; no se la doy como la da el mundo. No se turbe su corazón ni se acobarde»* (v. 27). La paz la entrega como el don abundante que ofrece los bienes para que nada pueda intimidar a los discípulos, es decir, concede la paz con el carácter propio del Resucitado, por tanto es muy distinta a la que el mundo da.

La promesa del Espíritu significa igualmente la promesa de Cristo de concedernos Paz. La Paz de Dios, tan diferente de la paz del mundo, no puede ser adquirida por simple fuerza de voluntad o por negociaciones políticas. La Paz de Dios es un don, que supone sin embargo el esfuerzo del hombre por llevar adelante la ley de amor de Jesús, de justicia y de reconciliación mutua.

Para nosotros es sorprendente la insistencia con la que nos ofrece *su paz*, en medio de un mundo tan conflictivo. Y lo hace en el momento de su despedida de los discípulos.

La Paz que anuncia es una Paz que brota del corazón creyente, puesto que Dios Padre y el Señor, Jesús, con el Espíritu Santo, tienen morada en él. La Paz que ofrece el Señor, es «*su propia Paz*» y no como la ofrece y promete el mundo. Es una Paz que brota en quien cumple el mandamiento nuevo de Jesús. El que ama y guarda la palabra de Dios se hace morador de la «Ciudad Nueva» en la que no hay llanto ni luto, sino fraternidad y paz.

Una **paz** así hace feliz a quien la posee, aun en medio de contrariedades y violencias; y se extiende a su alrededor, porque es la Paz cimentada en la presencia de Dios y de Jesucristo, el Señor. El Espíritu Santo es quien nos hace comprender que Jesús es Salvador y es quien nos ofrece la *paz verdadera* a quienes le aceptamos por la fe.

La promesa de Jesús de no dejar sola la comunidad se expresa diciendo: «*Me voy y volveré a ustedes*» (v. 28). Indica, así, que es necesario que todo el que cree debe ir al Padre, como Jesús lo hizo a través de la muerte y resurrección, pasando de este mundo al Padre. Dios Padre es el **origen** (v. 24b) y la **meta** (v. 28b) de Jesús; una visión «**teologal**» de la vida: todo en nosotros debe tener su origen en el Padre y todo debe tener por meta al Padre: vivir como hijos y como hermanos, hijos del mismo Padre. ¿Cómo influye esto en nuestra ética discipular?





Con el último versículo de este texto Jesús prepara muy bien a los discípulos, de tal suerte que los dispone para asumir una doble misión: **ser testigos** creíbles cuando sucedan estos hechos de manifestación gloriosa y **estar convencidos** para que no se escandalicen y se confundan y, por tanto, no pierdan la esperanza (v. 29). El objetivo final: creer, leer los acontecimientos, «*lo que sucede*», con *fe* (=fiabilidad de Jesús + confianza en Jesús + adhesión existencial a él).

3. MEDITEMOS la Palabra: ¿Qué NOS DICE el texto?

Hombres y no ángeles...

Dolorosamente nuestra Iglesia de Jesucristo ha vivido y vive muchas crisis en el transcurrir del tiempo. La Iglesia de hoy, al igual que las Comunidades cristianas primeras, están constituidas por hombres y no por ángeles y, por consiguiente, no podemos desprendernos de nuestra condición humana en nuestros aciertos y en nuestros errores.

Pero la Iglesia, a pesar de estar integrada por hombres, es la Iglesia de Cristo Jesús, y está iluminada y orientada por el Espíritu de Dios.

Los errores e incertidumbres se resuelven, por consiguiente, bajo la iluminación del Espíritu y la presencia del mismo Jesús «*hasta el final de los tiempos*».

Hay disensiones en la comunidad de Antioquía a propósito de la misión entre gentiles. Tensiones provocadas por los observantes de los preceptos y los confiados en el Espíritu. Resta sólo imponer el mínimo de normas, haciendo posible la convivencia de todos los hermanos, en clima de unión y caridad, que es lo indispensable.

El Espíritu Santo asiste a la Iglesia y obra en ella para que haga el discernimiento de la voluntad Salvadora universal de Dios y tome las decisiones que permitan vivir el Evangelio en lo esencial y verdaderamente necesario para la verdadera Vida Cristiana.

Necesitamos una total docilidad al Espíritu para superar divisiones y enfrentamientos. Ser dóciles es dejarse enseñar de Dios y aceptar su proyecto salvador por encima de nuestros propios proyectos. Las crisis históricas de la Iglesia vienen de situaciones concretas y muchas veces personales, de posiciones ideológicas al parecer irreductibles, de interpretaciones de la palabra de Dios que buscan justificar situaciones adquiridas. Siguiendo la inspiración del Espíritu de Jesús siempre activo en la Iglesia ojalá encontremos campos en los que podamos vivir unidos en la práctica intensa de la fe cristiana, en especial en lo que concierne al amor del prójimo y la construcción de un mundo justo que obedezca al querer del Señor sobre él. El camino de unión en la caridad y el amor nos puede hacer encontrar, en diálogo fraterno, la vía para la unidad en la doctrina y la enseñanza. Hoy como ayer toda la Iglesia, pastores y laicos, en oración y entrega al





Espíritu debe encontrar la primacía del Señor Jesús y convirtiéndose a él descubrir y trabajar por la unidad de su Cuerpo Místico.

Amor y obediencia

Jesús establece una clara relación mutua entre el *amor* y la *obediencia*: «*Si alguno me ama, guardará mi Palabra*». Esto quiere decir que, en cristiano, cualquier sumisión no es obediencia. Para ella se necesita la libertad del que ama verdaderamente. En un cuartel, por ejemplo, no hay «obediencia», sino mer sumisión, por temor, sin convicción. En una cárcel, menos. Sólo quien es libre verdaderamente, ama de verdad. Y quien ama de verdad obedece... Es que primero es *el don* y luego es la ley... Dios, primero salva, libera, y luego propone la Alianza con sus exigencias (cfr. **Ex. 19**, 4-6).

La manifestación gloriosa de Cristo beneficia a todos los que *guarden su Palabra* y Dios habitará en aquellos que la guardan. Habitará en el Templo, en los justos, pero sobre todo donde hay amor, allí estará su Espíritu. Desea la paz, no como despedida sino como don de bienes mesiánicos ya contenidos en el don de la vida del Padre.

La prueba del *amor* a Jesús es, según este evangelio, *guardar su Palabra*. ¿Cómo la guardo yo, cómo la pongo por obra, cuándo? Quizás tengo una vida de ritos y sacramentos, por supuesto válidos y estimables, pero ¿qué papel juega la lectura atenta y orante de la Sagrada Escritura en mi vida de discípulo/a? ¿Cuándo me he sentido o me siento habitado/a por Dios? ¿Qué significa esto, qué peso y qué implicación tiene en mi vida cotidiana? ¿Cómo es la paz que me viene del mundo? ¿Y la que me viene de Jesús? ¿Dónde la experimento, a quién se la puedo hacer experimentar?

«La tierra ha dado su fruto. La tierra es la santa madre de Dios, María, que viene de nuestra tierra, de nuestra semilla, de este barro, de este terreno, de Adán... Ella ha dado su fruto... ¿Quién sabe qué fruto? El Señor desde una esclava; un Dios desde el hombre; el Hijo desde la madre, el fruto de la tierra, el grano de trigo caído en la tierra y resucitado en muchos hermanos»

(San Jerónimo).

4. ORACIÓN: ¿Qué LE DECIMOS NOSOTROS a Dios?

Señor Jesús,
concédenos guardar tu Palabra
para que seamos capaces
de abrir nuestra vida
a la luz del Espíritu y disfrutar de la paz





concedida por el Padre
a quienes cumplen tu mandamiento nuevo.

Señor hoy al leer este texto de tu evangelio
puedo entender que, si no te amo de verdad,
en mi corazón no dejo espacio
para guardar tu Palabra
y, por tanto, me niego a la posibilidad
de que tú habites en mi vida,
como en la tienda del encuentro
o en el templo.

Abrenos a lo que Tú quieres regalarnos:
tu Palabra, tu Paz, tu Amor.
Que nos des tu Espíritu y tu gracia
para guardar tu Palabra
y el gozo de experimentar
el ser habitados por el Padre y su vida plena.

Que tu Iglesia lleve tu mensaje
de consuelo y esperanza
a todos los enfermos y sus familiares.

Amén.

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿A QUÉ NOS COMPROMETE la PALABRA?

Amar a Jesús

¿Se puede amar verdaderamente a Jesús? ¿Cómo es que su rostro no se refleja en la gente? Amar: ¿qué significa realmente? Amar, en general, significa para nosotros quererse, estar juntos, tomar decisiones para construir el futuro, darse... pero amar a Jesús no es la misma cosa. Amarlo significa hacer como ha hecho Él, no retraerse frente al dolor, a la muerte; amar como Él significa ponerse a los pies de los hermanos, para responder a sus necesidades vitales; amar como Él nos puede llevar lejos...es así como la palabra se convierte en pan cotidiano del cual alimentarse y la vida se convierte en cielo por la presencia del Padre.





El Señor no nos asegura el bienestar, sino la plenitud de la filiación en una adhesión amorosa a sus proyectos de bien por nosotros. La paz la poseeremos cuando hayamos aprendido a fiarnos de lo que el Padre elige para nosotros.

Relación con la Eucaristía

La referencia eucarística de las lecturas de hoy es prácticamente espontánea, como lo es también la consecuencia eclesial y vital. La celebración eucarística entera es un fenómeno que respira unidad. He aquí algunos acentos:

En la Eucaristía se cumple el diálogo que hemos encontrado en la 2a. lectura. Es el Señor quien tiene la iniciativa del don de su presencia, pero la Iglesia invoca su venida, movida por el Espíritu. En la «epiclesis», en sus dos formas, la Iglesia invoca al Espíritu. En la fuerza del Espíritu, se hace presente el Señor bajo las apariencias del pan y del vino. En la fuerza del Espíritu, la Iglesia es renovada y santificada por el pan de vida, re-hecha como un solo cuerpo y un solo espíritu. Por eso decimos con razón que «la Eucaristía hace a la Iglesia».

La celebración de la Cena del Señor no es un rito, es la inmolación de Cristo-Hermano como acontecimiento de fraternidad y don del Padre. Jesús se hace fraternidad y realiza la fraternidad entre nosotros.

Todo esto es don del Espíritu Santo, que nos es comunicado por Jesucristo y que debemos pedir.

Algunas preguntas para meditar durante la semana

1. ¿Crees verdaderamente que el Espíritu Santo habita tu corazón? ¿Piensas a menudo en ello?
2. ¿En qué situaciones, en las que estoy actualmente involucrado, debería yo pedir la guía del Espíritu?
3. ¿Qué formas de fraternidad se nos ocurren en los diversos niveles?
4. ¿Por qué debemos fraternizar con los más necesitados y oprimidos?
5. ¿Somos capaces, los que hemos celebrado la Eucaristía, de amarnos como hermanos, aceptando la diversidad legítima, no imponiendo uniformidad, y dar así testimonio del amor de Dios que nos une?
6. ¿Somos capaces de trabajar y de orar para que la mesa eucarística pueda reunir un día a todos los bautizados en Cristo, para dar una visibilidad clara de la única Iglesia de Cristo, «para que el mundo crea»?
7. ¿Hemos experimentado el don de la paz?
8. ¿Qué cobardías ahogan la presencia de Dios en nosotros?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

